

87111

CS COPIA Y VARIADA COLECCION

V-4

SELECTOS PANEGÍRICOS

SOBRE LOS MISTERIOS DE LA
SANTÍSIMA TRINIDAD DE JESUCRISTO

Y DE LA
SANTÍSIMA MADRE

Y SOBRE
LAS FESTIVIDADES DE MUCHÍSIMOS SANTOS

ALGUNAS ORACIONES FUERTES
DE VARIOS SANTOS

DE SAN A. N. S.

SR. D. ANTONIO MARIA CLARÉT

TOMO IV



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

SELECTOS PANEGÍRICOS.

ESQUELETO DEL SERMON

SOBRE

LA COMPASION DE NUESTRA SEÑORA.

*Stabat autem juxta crucem Jesu Mater
ejus. (Joan. XIX, 25).*

Maria, madre de Jesús, estaba al pie de
la cruz.

1. El respeto mezclado de ternura que inspira María al pie de la cruz debe producir en nosotros... Acercaos, pues, á María tan firme como afligida... Queriendo Jesús hacer de ella una viva imagen de su pasión, no deja... Tal es el espectáculo que vais á presenciarse...

2. María fue llamada al pie de la cruz, porque la voluntad del eterno Padre era que no solo fuese inmolada con Jesús, sino tambien asociada á...

3. Tres cosas concurren al sacrificio del Salvador: los sufrimientos..., la resignación..., la fecundidad con que nos engendra en la gracia, y nos da la vida con su muerte...

4. Venid ahora, Virgen incomparable, acercados á la cruz de Jesús... El Espíritu Santo quiere formar en Vos una imagen viva del Crucificado... Ya está, pues, cerca de su Hijo... Este es su primer rasgo de semejanza con él...

5. María está en pie al lado de la cruz... La constancia y la aflicción reinan en ella juntas como en su Hijo, y como él está sumisa y resignada; segundo rasgo de semejanza... Así como Jesús nos engendra en la gracia, así también María... Tiene, pues, la fecundidad..., tercer rasgo de semejanza con su Hijo. Ahí está todo el misterio de este día.

Primera parte: María está al pié de la cruz, y siente en ella todos los dolores de su Hijo.

6. Es difícil expresar el dolor de una madre... Mejor podeis vosotros sentir que yo expresar cuál sería el exceso de dolor de que voy á hablaros... El amor maternal de María es la causa de su suplicio.

7. Los Mártires necesitaban ruedas, caballetes, etc. Nada de esto necesitaba María. Su amor solo le basta para su martirio...

8. El primer cuidado de la naturaleza, ó por mejor decir, de aquel que la gobierna, es unir los niños al seno de sus madres... Concluida esta union, la naturaleza establece otra que es indisoluble, la del corazon, la del amor...

9. Ved la Cananea... No dice á Jesús: Señor, ten piedad de mi hija, sino *miserere mei*... ¿Por qué? Véase lo que dice san Basilio de Seleucia...

10. Lo de la Cananea no es mas que una sombra muy imperfecta de... El amor de María es incomparablemente mayor que... Tiene el mismo origen que su prodigiosa fecundidad...

11. Esta fecundidad de María dimana del cielo; luego de allí proviene tambien su amor.

12. Para amar dignamente á un Dios, es preciso un principio sobrenatural... La naturaleza obliga á María á amar, pero...

13. Asociada la maternidad de María á la paternidad divina, queda tambien su amor equiparado en algun modo con...

14. No debe, pues, admirarnos que la afliccion de María produzca en ella efectos que no pueden verse en ninguna otra madre... Todo esto consiste en su amor... Mejor que san Agustin, pero en distinto sentido, puede ella decir: *Pondus meum, amor meus*...

15. No pretendamos comprender el exceso de su dolor... Procuremos antes bien imitar... La intensidad de aquel le cierra para siempre la puerta á la alegría... *Quidquid aspiciebam, mors erat*, dice san Agustin.

16. Á imitacion de María debemos sacar de las llagas de Jesucristo una saludable, santa y fructuosa tristeza que destruya en nosotros todo el amor del mundo, que desvanezca...

Segunda parte: María está de pié al lado de la cruz, y soporta con constancia y resignacion el peso de sus dolores.

17. Tres maneras de hacernos superiores á las aflicciones...

18. En el primer estado hay tranquilidad... En el segundo el dolor la impide... En el tercero hay un dolor extremado con una tranquilidad completa.

19. Comparacion tomada de la Escritura: el dolor es semejante á un mar agitado... Tres medios con que Dios lo reprime á la manera con que Jesucristo...

20. Unas veces Jesucristo ordena á las olas... Otras veces las deja murmurar y permite que... Finalmente, el último medio para dominar los mares de que se vale el Salvador, es... Estos mismos medios emplea para vencer las aflicciones.

21. La tristeza ataca la constancia de María con los mas terribles dolores, mas no por eso se turba... No quiere que cesen, porque así se hace semejante á su Hijo, y no quiere ser tratada mejor que él... El Espíritu de Dios guardará siempre la serenidad de su alma, á pesar de...

22. La razon de esto la explica san Juan Crisóstomo: La vispera de su muerte, dice, Jesucristo suda, etc.

23. Con su temor quiso Jesús mostrarnos que era sensible como nosotros, y con su constancia que sabia moderar... Sin embargo, la causa mas probable de que... Tú que asistiendo al sacrificio... ¿Qué es ese sacrificio?...

24. El sacrificio de la misa es... Respeto que exige de... Jesús en Getsemaní aparece turbado... Pero en el Calvario ofrece tranquilo su sacrificio...

25. No quiere sufrir en la cruz la menor apariencia de turbacion, para que comprendamos... Jesús, dice san Agustin, muere mas dulcemente que...

26. El gran misterio no concluyó en la sola persona de Jesús... María debia tener parte en su sacrificio... Vedla al pié de la cruz... Juzgad de su resignacion por la continuacion de...

27. Profecía de Simeon... No diciendo á María nada en particular, la dejó temerlo todo... No hay cosa mas cruel ni mas horrorosa que esa incertidumbre... *Longe satius est*, dice san Agustin, *unam peti*, etc.

28. Lo que Simeon pronosticó á María hizo que ya desde enton-

ces todo lo temiera y todo lo sintiera... Ved, sin embargo, su tranquilidad... Suceda lo que quiera, se someterá resignada aceptándolo todo de la mano de Dios...

29. María desde entonces mira á su Hijo como una víctima... *Fasciculus myrrhæ* llama á su Jesús, porque... ¡Oh Padre eterno! exclama María, consiento en todo...

30. ¡Ah! yo queria exhortaros..., pero María será la que os hablará... Ella será la que...

Tercera parte: María está al pié de la cruz, y Jesús le da para consolarla todos los cristianos por hijos.

31. El primogénito de los hijos que Jesucristo en cruz dió á su Madre, nos representa en el Apocalipsis el misterio de la maravillosa fecundidad de María: *Signum magnum apparuit in celo; mulier, etc.* Esta mujer, dice san Agustin, es María... ¿Cómo explicaremos este parto doloroso, siendo de fe que...?

32. María parió á Jesús sin dolor, pero á los pecadores los parió entre gritos y dolores... Quiso el eterno Padre que naciesen los hijos adoptivos por la muerte del Hijo verdadero...

33. *Videte qualem charitatem dedit nobis Pater, ut filii Dei nominemur et simus.* Además *sic Deus dilexit mundum, ut, etc.*

34. Así lo dice el mismo Salvador, y añade: *Ut omnis qui credit in eum non pereat, sed, etc.* Nos hizo hijos adoptivos perdiendo en algun modo á su Hijo; hizo morir á su único heredero para hacernos participantes de...

35. No salió María mejor librada que Jesús. Fue llamada al pié de la cruz para hacer, de comun acuerdo con el Padre, el sacrificio de su Hijo, á fin de que los hombres... *Mulier, ecce filius tuus.* Este es el mas doloroso dardo que...

36. San Pablo de Nola... Lo que dice de santa Melania y su único hijo, puede aplicarse á...

37. Las palabras de Jesús dan, por decirlo así, la muerte á María, y al mismo tiempo la hacen fecunda. Sacan de sus entrañas á sus nuevos hijos, y rasgan su corazon para que...

38. Cristiano, hijo de los dolores de María, *gemitus matris tuæ ne obliviscaris.* Cuando el mundo..., acuérdate de los lamentos de María. En las tentaciones violentas..., acuérdate de las lágrimas... ¡Miserable! ¿quieres acaso...?

39. Hijos míos, nos dice ella, en nada tengo cuanto hasta aquí

he sufrido...; el golpe que me dais con vuestros crímenes, es... Cuando os veo sacrificar vuestras almas á...; cuando os veo perder la sangre de mi Hijo...; cuando..., entonces es cuando yo me siento herida...

40. Estos son los gritos que oiréis resonar en todos los ángulos del Calvario... Acudid á él... Allí es donde la sangre del Hijo y las lágrimas de la Madre, los dolores de Jesús, la compasion de María, la voz de las blasfemias y la de vuestros pecados, la, etc., harán en vuestros corazones una impresion capaz de...; y despues de haber...

SERMON

SOBRE

LA COMPASION DE NUESTRA SEÑORA.

*Stabat autem juxta crucem Jesu Mater
ejus. (Joan. XIX, 25).*

Maria, madre de Jesús, estaba al pié de la cruz.

1. No hay espectáculo mas tierno que el de una virtud afligida, cuando agobiada de un enorme dolor sabe conservar toda su fuerza, y se sostiene por sí sola contra todos los esfuerzos de la tempestad; su constancia le da un nuevo esplendor, que, aumentando la veneracion en que ya se la tiene, hace que nos interesemos mas en sus males, porque nos creemos mas obligados á compadecerla, por la misma razon que se queja menos; y compartimos sus penas con una piedad tanto mas tierna, cuanto que la firmeza que demuestra nos la presenta como digna de un estado mas tranquilo. Pero si alguna vez estas dos cosas juntas han debido conmover á los hombres, no temo aseguraros que es en el misterio que celebramos en este dia. Al ver el alma de la santísima Virgen herida tan profundamente al pié de la cruz por los sufrimientos de su único Hijo, siento que la nuestra no puede menos de enternecerse. Pero, considerando la herida del corazon unida á la serenidad del rostro, me parece que ese respeto, mezclado de ternura que inspira una tristeza tan majestuosa, debe producir emociones mucho mas sensibles; y que solo una crueldad horrible pudiera detener nuestras lágrimas. Aproximaos, pues, hermanos míos, con lágrimas y sollozos á esa Madre tan firme como afligida; y no creais que es menor por su firmeza el sentimiento que le causa su mal. Preciso es que sea semejante á su Hijo; porque, como él, es superior á todos los dolores, pero tambien los siente como él en toda su fuerza y en toda su extension; y Jesucristo, que quiere hacer de su santísima Madre una viva imágen de su pasion, no deja de imprimir en ella todos sus caractéres. Tal es el espectáculo que debeis presenciar:

pronto veréis á Jesucristo en la cruz; mientras llega este gran dia, la Iglesia os invita á ver hoy su imágen en la santísima Virgen. Tal vez suceda, ó cristianos, que así comò los rayos del sol tienen mas fuerza cuando reflejan sobre algun objeto, así los dolores del Hijo, reflejados en el corazon de la Madre, tengan tambien mas fuerza para conmover los nuestros. Esta gracia os pido, ó Espíritu divino, por la intercesion de la santísima Virgen: *Ave María.*

2. No creais, hermanos míos, que la santísima Madre de nuestro Salvador fuese llamada al pié de la cruz solo para asistir al suplicio de su único Hijo, y tener el corazon desgarrado por este horrible espectáculo. Hubo en ello designios mas altos de la divina Providencia sobre esa Madre afligida; y es preciso que comprendamos hoy que fue conducida al lado de su Hijo en este estado de abandono, porque era la voluntad del eterno Padre que fuese no solo inmolada con aquella víctima inocente, y sujeta á la cruz del Salvador por los mismos clavos que á este le atravesaron, sino tambien asociada á todo el misterio que se cumplió en Jesucristo con la muerte. Pero como esta importante verdad debe formar el objeto de mi discurso, prestadme vuestra atencion mientras asiento los principios en que se halla fundada.

3. Para proceder con órden, es preciso que advirtais, cristianos, que son tres las cosas que concurren al sacrificio de nuestro Salvador, y constituyen su perfeccion. La primera, los sufrimientos que destrazan su humanidad: la segunda, la resignacion con que se somete humildemente á la voluntad de su Padre: la tercera, la fecundidad con que nos engendra en la gracia, y nos da la vida con su muerte. Jesucristo sufre como la víctima que debe ser destruida y quebrantada á golpes: se somete como el sacerdote que debe sacrificar voluntariamente: *Voluntarie sacrificabo tibi* (Psalm. LIII, 8); finalmente, nos engendra con sus sufrimientos, como el padre de un nuevo pueblo á quien cria con sus heridas; y ved aquí las tres grandes cosas que el Hijo de Dios lleva á cabo en la cruz. Los sufrimientos pertenecen á su humanidad; ella ha querido cargarse de crímenes, y se ha expuesto á la venganza. La sumision pertenece á su padre; la desobediencia le ha irritado, preciso es que la obediencia le aplaque. La fecundidad nos pertenece á nosotros; un maldito placer que quiso gozar nuestro criminal padre, nos ha dado el golpe mortal; pero ¡ah! las cosas van á cambiar, y los dolores de un inocente van á volvernos la vida.

4. Venid ahora, Virgen incomparable, venid á tomar parte en

el misterio : uníos á vuestro Hijo y vuestro Dios ; acercaos á su cruz , para recibir en ella mas de cerca las impresiones de estos tres sagrados caractéres por medio de los cuales el Espíritu Santo quiere formar en Vos una imágen viva y natural de Jesucristo crucificado . Pero bien pronto se cumplirá nuestro deseo , sin salir del Evangelio del dia ; porque , ¿ no veis , hermanos míos , cómo se pone la Virgen al lado de la cruz , y cómo mira á su Hijo ensangrentado , cubierto de heridas , y sin tener ya figura humana ? Este espectáculo le da la muerte : si se aproxima á ese altar , es porque quiere ser inmolada en él ; y en él es , en efecto , donde siente el golpe de la afilada cuchilla que , según la profecía del buen Simeon , debia desgarrar sus entrañas y abrir su corazón maternal con tan crueles heridas . Ya está , pues , cerca de su Hijo ; no tanto por la aproximación del cuerpo , como por la asociación de los dolores : *Stabat juxta crucem* ; y este es el primer rasgo de semejanza : « ya está verdaderamente al lado de la cruz , porque la Madre lleva la cruz de su Hijo con un dolor mas grande que el de que están penetradas todas las demás : » *Vere juxta crucem stabat , quia crucem Filii pro ceteris Mater majore cum dolore ferebat .* (Tract. de Pass. Dom. cap. 10, int. Oper. S. Bernard. t. II, col. 442).

5. Pero sigamos la historia de nuestro Evangelio , y veamos de qué modo se presenta la Virgen á su Hijo . ¿ Está abatida por el dolor , y caída en tierra por el desfallecimiento ? Todo lo contrario ; ¿ no veis que está en pié y con firmeza ? *Stabat juxta crucem* : « está en pié al lado de la cruz . » No , el cuchillo que ha atravesado su corazón no ha podido debilitar sus fuerzas : la constancia y la aflicción reinan en ella á un mismo tiempo ; y en su continente demuestra que no está menos sumisa que alligida . ¿ Qué resta , pues , cristianos , sino que su querido Hijo , que la ve sentir sus sufrimientos é imitar su resignación , le comunique también su fecundidad ? Á este fin le da á san Juan por hijo : *Mulier , ecce filius tuus .* (Joan. XIX, 26). « Mujer , la dice , ese es tu Hijo . » ¡ Oh mujer que sufres conmigo ! sé tan fecunda como yo ; sé la madre de mis hijos , que yo te doy sin reserva en la persona de ese solo discípulo : yo los crié con mis dolores ; así como tú sientes su amargura , también tendrás su eficacia , y tu aflicción te hará fecunda . Ved aquí , hermanos míos , en pocas palabras todo el misterio de este dia ; os he dicho brevemente lo que explicaré en todo mi discurso con el auxilio de la gracia . María está al lado de la cruz , y siente en ella todos los dolores ; está de pié , y soporta con constancia su peso ; se

hace fecunda , y recibe en ella la virtud . Escuchadme con atención ; y sobre todo no os violentéis si sentís que se enternecen vuestros corazones .

Primera parte : María está al pié de la cruz , y siente en ella todos los dolores de su Hijo .

6. Con que , ¿ es fuerza que os hable de las aflicciones de María ? Sí , es preciso que exponga á vuestra vista esa sangrienta herida que atraviesa su corazón , y veáis , si es posible , correr todavía sangre de ella . Bien sé que es difícil expresar el dolor de una madre : no se encuentran fácilmente palabras que nos pinten con exactitud emociones tan violentas ; y si á la pintura le es tan difícil hacerlo , la elocuencia no encuentra menos dificultad para ello . Por eso , hermanos míos , no pretendo que mis palabras surtan este efecto : á vosotros os toca meditar en vuestro interior cuál sería el exceso de dolor de que voy á hablaros . ¡ Ah ! si pensáseis en él solo con un poco de atención , vuestro corazón hablara por mí , y vuestros propios conceptos os dirían sobre la materia más que todos mis discursos . Pero á fin de ocuparos con este pensamiento , recordad en vuestra memoria lo que os he predicado tantas veces ; que el martirio de la santísima Virgen proviene , como su alegría , de ser Madre de Jesucristo , y que su amor maternal es la causa de su suplicio .

7. No , no es preciso encender hogueras ; no es necesario tampoco armar las manos de los verdugos , ni animar la rabia de los perseguidores , para asociar á esa santa Madre á los sufrimientos de su divino Hijo . Ciertos es que los Mártires tuvieron todo este aparato : cierto es que necesitaban ruedas , y caballetes , y garfios de hierro para marcar sus cuerpos con aquellos sangrientos caractéres que los hacían semejantes á Jesucristo crucificado . Pero si era necesario tan horrible aparato para los demás Santos , no lo es para María ; y sería conocer muy poco su amor , el creer que este amor no basta para su martirio ; porque , en efecto , una sola cruz es bastante para su querido Hijo y para ella . ¿ Quereis , ó eterno Padre , que María se cubra de heridas ? pues haced que vea las de su Hijo , conducidla al pié de su cruz , y dejad despues obrar á su amor .

8. Para comprender bien esta verdad , importa que hagamos al mismo tiempo algunas reflexiones sobre el amor maternal ; y de este modo , sentado el principio de que el amor de la santísima

Virgen excede en mucho á toda la naturaleza, remontáremos mejor nuestros pensamientos. Pero veamos antes alguna muestra de lo que la gracia ha hecho en el corazon de María, considerando los rasgos maravillosos de que ha dotado la naturaleza á las demás madres. Nunca nos cansáremos de admirar los medios de que esta se vale para unir á las madres con sus hijos; porque tal es el término que se propone, como es fácil notarlo en todo el orden de sus obras. Y en efecto, ¿no es el primer cuidado de la naturaleza el unir á los niños al seno de sus madres? Ella quiere que su alimento y su vida pasen por los mismos conductos; unos y otras corren juntos los mismos peligros, y son, por decirlo así, una misma persona. Ved aquí una union íntima; pero tal vez haya quien crea que los niños al venir al mundo la rompen. Este es un error, cristianos; ninguna fuerza puede dividir lo que tan estrechamente ha unido la naturaleza; la conducta sábia y previsora de esta ha puesto de antemano todos los medios para evitarlo. Cuando aquella primera union concluye, establece otra en su lugar; forma otros lazos, que son los del amor y la ternura: la madre lleva á sus hijos de otra manera; pero apenas han salido de sus entrañas, cuando ya empieza á tenerles mucho mas cariño. Tal es la conducta de la naturaleza, ó por mejor decir, de aquel que la gobierna; ved aquí el medio de que se vale para unir á las madres con sus hijos, é impedir que aquellas se separen de estos: el alma los toma por afecto al mismo tiempo que el cuerpo los deja; nada puede arrancarlos del corazon, y la union es siempre tan firme, que tan pronto como los niños se agitan, las entrañas de las madres, todavía conmovidas, sienten sus movimientos de una manera tan viva y penetrante, que apenas advierten que sus hijos estén desprendidos de su seno.

9. En efecto, considerad, cristianos, porque este ejemplo os dirá mas que todos los discursos, considerad el celo de aquella madre que nos representa el Evangelio. Hablo de la Cananea, cuya hija estaba atormentada por el demonio; miradla á los piés del Salvador; ved sus lloros, oid sus sollozos, apenas podréis distinguir quién sufre mas, si su hija ó ella: «Ten piedad de mí, ó Hijo de David; mi hija está poseida del demonio.» (*Matth. xv, 22*). Notad que no dice: Señor, ten piedad de mi hija. Ten, dice, piedad de mí. Pero si quiere que tengan piedad de ella, ¿por qué no habla de sus males? No, yo hablo, dice, de los de mi hija. ¿Por qué he de exagerar mis dolores? ¿no son suficientes los de mi hija

para hacerme digna de compasion? todavía me parece que la llevo en mi seno; porque en el momento que se agita, todas mis entrañas se conmueven: *In illa vim patior*; tales son las palabras que pone en su boca san Basilio de Seleucia (*orat. XX, in Chanán.*). «Estoy atormentada en su persona; si ella padece, yo siento los dolores.» *Ejus est passio, meus vero dolor*; «el demonio la hiere, y «la naturaleza me hiere á mí misma:» *Hanc demon, me natura vexat*: «todos los golpes caen sobre mi corazon; y los rayos del furor de Satanás atraviesan por ella hasta mi alma:» *Hanc demon, me natura vexat; et ictus quos infligit, per illam ad me usque pervadunt*. En este bello ejemplo podeis ver un retrato muy natural del amor de las madres, y la maravillosa simpatía que las une á sus hijos; él será bastante para haceros comprender que los dolores de María son inexplicables.

10. Pero yo os he prometido, hermanos míos, elevar mas todavía vuestros pensamientos; ya es tiempo de que os cumpla mi palabra, y de que os enseñe cosas mas admirables. Todo lo que habeis visto en la Cananea no es mas que una sombra muy imperfecta de lo que debeis figuraros en la santísima Virgen. Su amor, sin comparacion mas grande, tiene una correspondencia mucho mas perfecta; y á pesar de que es imposible comprender toda su extension, podeis formaros alguna idea de él, si buscáis su principio siguiendo este razonamiento: que el amor que tiene á su Hijo la santísima Virgen, proviene en ella de la misma causa que produjo su fecundidad. La razon de esto es evidente: todo ser que produce, ama á su obra; no hay cosa mas natural: el mismo principio que nos hace obrar, nos hace amar nuestras obras; de tal modo que la misma causa que hace á las madres fecundas para producir, las hace tambien tiernas para amar. Si queremos, pues, cristianos, saber la causa del amor maternal que une á María con Jesucristo, veamos de dónde proviene su fecundidad.

11. Dínoslo tú, ó divina Virgen, dínos por qué virtud eres fecunda: ¿es por tu virtud natural? No, hermanos míos, esto es imposible. ¿No veis, por el contrario, que se condena á una esterilidad bienaventurada, por esa firme resolucion de guardar su pureza virginal? *Quomodo fiet istud?* (*Luc. 1, 34*). «¿Cómo podrá ser «esto?» ¿puede concebir un hijo la mujer que ha resuelto permanecer virgen? Si ella confiesa su esterilidad, ¿de qué modo se hace madre? Escuchad lo que dice el Ángel: *Virtus Altissimi obumbrabit tibi* (*ibid. 35*): «La virtud del Todopoderoso te hará fecun-

«da.» Es, pues, evidente que su fecundidad dimana del cielo, y por consiguiente que de allí proviene tambien su amor.

12. En efecto, fácil es comprender que la naturaleza no puede nada en este caso. Porque figuraos, cristianos, que quisiera comunicar á la santísima Virgen el amor que debe tener á su Hijo; decidme, ¿qué sentimientos le inspiraría? Para amar dignamente á un Dios, es preciso un principio sobrenatural: ¿será este el respeto ó la ternura, las caricias ó la adoracion, la sumision de una criatura, ó el abrazo de una madre? ¿Amará María á Jesucristo como á hombre, ó le amaré como á Hombre-Dios? ¿de qué modo abrazará en la persona de Jesucristo la divinidad y la carne que tan bien ha unido el Espíritu Santo? La naturaleza no las puede unir, y la fe no permite separarlas: ¿qué puede aquí la naturaleza? Ella obliga á María á amar; pero entre tantos impulsos como produce no puede encontrar uno solo que convenga al Hijo de María.

13. ¿Qué resta, pues, ó eterno Padre, sino que vuestra gracia se una á ella, y prestes auxilio á la impotencia de la naturaleza? Vos sois el que, comunicando á María vuestra divina fecundidad, la haceis Madre de vuestro Hijo: es preciso que acabeis vuestra obra; y que, habiéndola asociado en cierto modo á la casta generacion eterna por la cual producís vuestro Verbo, infundais en su seno alguna chispa de ese amor infinito que teneis á vuestro querido Hijo, que es el esplendor de vuestra gloria y la viva imagen de vuestra sustancia. Ved aquí de dónde proviene el amor de María: amor que excede á toda la naturaleza; amor tierno; amor que une porque nace de la unidad misma; amor que establece una completa comunicacion entre Jesucristo y la santísima Virgen, así como la hay muy perfecta entre Jesucristo y su Padre.

14. ¿Os admirais, cristianos, al oírme decir que la afliccion de María no tiene ejemplo, y que produce en ella efectos que no pueden verse en ninguna otra madre? No, nada hay aquí que deba admiraros. El Padre y el Hijo participan en la eternidad de una misma gloria; la Madre y el Hijo participan en la tierra de los mismos sufrimientos; el Padre y el Hijo son una misma fuente de placeres; la Madre y el Hijo un mismo torrente de amargura; el Padre y el Hijo tienen un mismo trono; la Madre y el Hijo una misma cruz. Si atraviesan la cabeza de Jesucristo con espinas, á María la desgarran todas sus puntas; si le dan hiel y vinagre, María bebe toda la amargura de aquel líquido; si clavan su cuerpo en una cruz, María sufre toda la violencia de los golpes. ¿Y en qué consiste to-

do esto, sino en su amor? ¿no puede ella decir en tan triste estado, en distinto sentido que san Agustín: *Pondus meum, amor meus* (Conf. lib. XIII, cap. 9, t. I, col. 228): «Mi amor es mi peso?» En efecto, ó amor, ¿cuánto le pesas! ó amor, ¿cuánto oprimes su corazón maternal! Ese amor pesa en su pecho cual si fuera plomo; la oprime y la aprieta con tal fuerza, que ahoga en ella hasta los sollozos; ese amor reúne sobre su cabeza una pesadez tanto mas insoportable, cuanto que la tristeza no permite á María descargarse de ella derramando lágrimas: pesa increíblemente sobre todo su cuerpo con una languidez que la abruma, y por la cual están todos sus miembros casi rotos. Pero, sobre todo, ese amor es un peso, porque pesa sobre el mismo Jesucristo; porque Jesucristo no es el único que en esta ocasion siente sus dolores. María desgraciadamente le hace sufrir á su vez: los dos se atraviesan mutuamente á golpes, y sucede con el Hijo y la Madre lo que con dos espejos opuestos, que, devolviéndose recíprocamente todos los objetos que reciben, por una especie de emulacion, los multiplican hasta lo infinito. De este modo crece sin tasa el dolor de María, mientras las olas que levanta se rechazan unas á otras por un flujo y reflujo continuo; y aun el amor de la Virgen es mas desgraciado, en cuanto siente con Jesucristo y no le consuela, comparte con él sus dolores y no los disminuye: por el contrario, no hace mas que redoblar las penas del Hijo, comunicándoselas á la Madre.

15. Pero detengamos aquí nuestros pensamientos; no pretendamos pintar los dolores de María, ni comprender una cosa incomprendible. Meditemos el exceso de su dolor, pero procuremos imitarle mas bien que comprenderle; y á ejemplo de aquella santísima Virgen, ocupemos de tal modo nuestro entendimiento con la pasion de su Hijo, durante esta semana en que celebramos aquel misterio, que la intensidad del dolor de María cierre para siempre la puerta á la alegría del mundo. ¡Ah! María no puede ya soportar la vida; despues de la muerte de su querido Hijo, no hay nada capaz de agradarla. Por ella, ó Padre eterno, no necesitais eclipsar el sol, ni apagar todos los astros del cielo; ellos no tienen ya luz para la Virgen; no es necesario que quebranteis los cimientos de la tierra, ni que cubrais de horror toda la naturaleza, ni que amenaceis á los elementos con envolverlos en su primer caos; despues de la muerte de su Hijo, todo le parece ya á María cubierto de tinieblas; la imagen del mundo ha pasado para ella; y á cualquier lado que vuelva los

ojos, no descubre mas que una sombra de muerte: *Quidquid aspiciēbam, mors erat.* (S. Aug. Conf. lib. IV, cap. 4, col. 100).

16. Tal es el efecto que debe producir en nosotros la cruz de Jesucristo. Si sentimos sus dolores, el mundo no puede tener goces para nosotros; las espinas del Hijo de Dios deben haber arrancado sus flores; y la amargura que nos ha dado á beber, debe haber-nos disgustado de los placeres. ¡Dichosos mil veces, ó divino Salvador, dichosos aquellos á quienes deis á probar vuestra hiel; dichosos los que, al ver vuestra ignominia, desprecien las vanidades del mundo, y se unan por vuestros clavos á vuestra cruz de tal modo, que no puedan ya levantar sus manos ni extender sus brazos más que al cielo! Hé aquí, hermanos míos, los sentimientos que debemos concebir en estos santos días en vista de la pasión de Jesucristo. En ella es donde debemos sacar de sus llagas una saludable tristeza; tristeza verdaderamente santa, verdaderamente fructuosa, que destruya en nosotros todo el amor del mundo, que desvanezca todo su brillo, que nos haga llevar un duelo eterno por nuestras pasadas vanidades, en los lamentos amargos de la penitencia. Pero tal vez esa tristeza os parezca demasiado sombría, demasiado cruel este estado, y exclameis que no podeis acostumbraros á tales sufrimientos. Si así es, dirigid los ojos á María; su constancia os inspirará firmeza, y su resignacion os hará ver que sus disgustos tienen tambien su alegría: esta será la segunda parte de mi discurso.

Segunda parte: María está de pié al lado de la cruz, y soporta con constancia y resignacion el peso de sus dolores.

17. Para comprender con exactitud el grado de resignacion de la bienaventurada María, conviene que considereis con atencion que podemos hacernos superiores á las aflicciones de tres maneras muy importantes, y que debeis meditar con detencion. En primer lugar vencemos las aflicciones, cuando disipamos toda su tristeza y perdemos todo su sentimiento; entonces el dolor se calma completamente, y nosotros quedamos consolados. En segundo lugar las disipamos cuando el alma, aunque agitada y turbada por el mal que siente, no deja de soportarle con paciencia; en este caso, el alma se resigna, pero está turbada. Finalmente, vencemos tambien las aflicciones, cuando, sintiendo todo su dolor, no experimentamos turbacion alguna. Me explicaré con mas claridad.

18. En el primero de estos tres estados, ha pasado ya todo el

dolor, y se goza de un perfecto reposo. «Yo estoy lleno de consuelo, y rebotando de alegría,» dice san Pablo (II Cor. VII, 4); en medio de mis aflicciones, una alegría divina y superabundante parece haberme quitado todo sentimiento. En el segundo estado, se combate el dolor con paciencia; pero en un combate tan reñido, aunque salga el alma victoriosa, no puede quedar sin alguna agitacion. «Al contrario, dice Tertuliano (*Tertull. de Anima, n. 10*), el alma «se agita por el gran esfuerzo que hace para no agitarse:» *In hoc tamen motu ne moveretur*; y aunque la debilidad no la abate, se conmueve por su resistencia, y «su misma firmeza le quebranta en medio de su porfía:» *Ipsa constantia concussa ut adversus inconstantia concussionem*. Pero hay todavía un estado, al que no se llega sin un gran milagro, y en que Dios nos da tal fuerza contra el dolor, que sufrimos su violencia sin que se turbe nuestra tranquilidad. De modo, que en el primero de los tres estados que acabo de describir hay una tranquilidad que destierra todo el dolor; en el segundo, un dolor que impide la tranquilidad, y en el tercero, las dos cosas á un mismo tiempo, esto es, un dolor extremado con una tranquilidad completa.

19. Pero acaso sea esto muy confuso para vosotros, y por lo mismo voy á explicarlo con tal claridad, que todos podais comprenderlo. Una comparacion tomada de la Escritura me servirá para mi objeto. En ella se compara muy á menudo y con mucha exactitud el dolor á un mar agitado. Y, en efecto, el dolor tiene sus aguas amargas, que introduce hasta el fondo del alma: *Quoniam intraverunt aqua usque ad animam meam* (Psalm. LXVIII, 1); tiene oleadas impetuosas que empuja con violencia: *Calamitates oppresserunt quasi fluctibus* (Job, xxx, 12); esas olas se encrespan lo mismo que las del mar; y cuando le creemos aplacado, suele irritarse con nueva furia. Ahora bien, como el dolor es semejante al mar, yo observo, cristianos, que Dios le reprime por los tres medios que, segun la Historia sagrada, empleó Jesucristo para domar las aguas.

20. Unas veces Jesucristo ordena á las olas y á los vientos que se calmen; y en el momento, dice el Evangelista, quedan enteramente tranquilos: *Facta est tranquillitas magna.* (Matth. VIII, 26). De este modo, infundiendo su espíritu en un alma agitada por la afliccion, calma, cuando quiere, sus olas; y aplacando todas las tempestades, hace que vuelva la bonanza. *Nullam requiem habuit caro nostra.* (II Cor. VII, 5). «Nosotros no hemos tenido ningun reposo segun la carne,» dice san Pablo: ya veis las olas que la agi-